

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

JOSE SELGAS

CAPITULOS OLVIDADOS

EN SUS

OBRAS COMPLETAS

— ° —

ESTUDIOS SOCIALES

Tomo 6°

— • • —

1925

LA CAMPANA
DE LA ALMUDAINA.

Hace ya muchos días que las vibraciones de una campana tienen conmovida a la población de Madrid.

El eco ha repetido por todas partes sus notas graves y profundas, y el público se ha llenado de interés, de curiosidad y de entusiasmo.

No se trata de ese campaneo precipitado y confuso con que las torres de Madrid anuncian a la población descuidada la misteriosa improvisación de algún incendio.

Apenas hay fuego suficiente para quemar incienso en los altares de los poderosos, y en Madrid está asegurado de incendios hasta el tabaco que se vende en los estancos.

Tampoco es el bullicioso repique con que las campanas volteando frenéticamente reparten en todas direcciones la estrepitosa alegría de un fausto suceso.

Bajo este punto de vista ellas -- han comprendido el aire que corre,

y desde la altura de su posición permanecen mudas, asiduamente ocupadas en morderse la lengua.

Tal vez si fueran dueñas de sus acciones, doblarían lentamente como en los días de las grandes solemnidades fúnebres.

Acaso sus notas lastimeras irían de casa en casa llamando a la multitud para que fuera a llorar de dolor o de vergüenza sobre algún cadáver ilustre de algún triste suceso.

Pero las campanas han recibido de la experiencia grandes lecciones, y hace mucho tiempo que no mezclan su voz de bronce ni a la alegría ni a los pesares públicos.

Parece que se han trazado como regla de conducta vivir ignoradas, y permanecen silenciosas como si hubiesen rehunciado al derecho de pedir la palabra en los grandes sucesos.

Es posible que no quieran llamar sobre sí la atención de nadie. ¡Se han visto tantas veces expuestas a ser hechas cuartos!....

La campana que hoy resuena en los oídos de todos los habitantes de Madrid, es una campana atrevida que arrastra todas las noches al público hacia la plaza del Rey; se apiña a la puerta del Teatro del Circo, lo hace entrar, cubre con él todas las localidades, le impone silencio,

y solo con la cuerda que está asida a ella lo subyuga tres veces, lo aterrera otras tantas, y otras tantas lo hace estallar en una explosión de aplausos.

Los que tengan la curiosidad de formar la lista de las campanas célebres, deben añadir a ella la "Campana de la Almudaina".

¿Cómo está fundido este instrumento maravilloso cuyo imperio consiste en no sonar?

Reunid a todos los campaneros del universo y preguntadles qué efecto puede producir una campana que no suena.

Había en Mayores un joven oscuro, en cuya cabeza debían bullir los elementos de un drama.

Buscaría naturalmente para tejer su obra un hilo, y se encontró un cordel.

A esta cuerda ató primero una campana, después sujetó a ella con un lazo vigoroso y sencillo, la vida del nieto de Jaime el conquistador, y en el mismo lazo sujeta enseguida la vida de la hija de Centellas, gobernador de Mallorca, por medio de una sublevación del pueblo.

Este es el nudo: en él están perfectamente cogidos el corazón de una madre y el corazón de un padre: el efecto es completo.

El nudo se va apretando cada vez

más, y el príncipe y la hija del -- gobernador van a perecer sin remedio el mismo Centellas es el que al fin va a tirar de aquella cuerda terrible. Para cortar la sublevación tiene que cortar la cabeza del príncipe y la de su hija.

Sus manos están asidas al cordel en presencia de la madre del príncipe helada de espanto. No hay más -- que tirar de la cuerda, y todo ha -- concluido.

¿Cómo se desenlaza esto rápidamente y sin ninguna víctima?

Me atrevo a dar un año para que -- lo piense cualquiera sin acertarlo.

¿Como se puede tirar de esa cuerda y que no suene esa campana?

El recurso os va a hacer reír, pero ved la representación y el efecto os conmoverá.

Los nudos de esta acción dramática están en un cordel, el desenlace tiene que estar en el cordel mismo.

Si en el momento de tirar Centellas de la cuerda tenéis la feliz -- ocurrencia de desatarla de la campana, la cuerda caerá por su propio -- peso y la campana permanecerá muda.

Esto es lo que sucede.

¿Pero quién desata la cuerda?

El mismo que hubiera hecho sonar la campana si la insurrección que -- triunfaba hubiera sido vencida. Un traidor.

"La campana de la Almudaina" es un drama de cuatro grandes efectos sostenidos por un mismo recurso.

Yo creo que se puede leer esa obra muchas veces sin adivinar lo -- que és.

Nada de extraordinario hay en los caracteres, nada sobresaliente en -- los diálogos.

Su verdadero mérito, su derecho -- incontestable a la estimación y al aplauso del público, están en la magnitud de sus efectos y en la sencillez de sus recursos.

El Sr. Palou entra en la literatura por el gran pórtico. Por él han entrado García Gutiérrez, Florentino Sanz y Adelardo Ayala.

"La Campana de la Almudaina", leída, no se puede comparar con El Hombre de Estado, ni con El Trovador, ni con Don Francisco de Quevedo; pero puesta en escena, colocada entre los bastidores, ha revelado la existencia de un autor dramático que -- puede hacer el número cuatro de los tres que he mencionado.

Esa campana, cuyo sonido hubiera muerto en el acto a la hija de Centellas y al nieto de Don Jaime, ha resucitado a la empresa del Circo -- que agonizaba; ha despertado el drama histórico que dormía tranquilamente, y ha conmovido al público -- que parecía insensible a las emocio

nes del drama desde que la zarzuela lo tiene embriagado de risa.

El teatro del Circo ha dado una verdadera campanada.

La empresa está tirando de un cordel mágico que llena de oro sus arcas.

Si Mendizábal fuera en estos momentos ministro de Hacienda, la Campana de Almudaina debería ser a estas horas un recurso del Estado.

Hartzenbusch la refundiría, Mendizábal la hubiera fundido.

El autor de este drama habrá oído decir que el público se escapa, y lo ha sujetado.

Lo llama a son de campana y lo ata con una cuerda.

Allí lo tiene suspendido del cordel: codo con codo en las butacas, codo con codo en los palcos, codo con codo en las galerías: sólo le deja libres las manos para que aplauda.

○ Mientras que por todas partes se proclama la libertad del ciudadano y se rompen las cadenas de la esclavitud, un joven desconocido llega y ata a todo un pueblo libre al cordel de la campana. Esta es la campana que hace muchos días suena en los oídos del público.

Ignoro lo que la Academia española pensará de este drama digno del éxito que ha merecido.

Es posible que la integridad académica tropiece en algún adjetivo mal colocado, en algún giro algo dudoso, en algún régimen poco castellanero, o en alguna asonancia poco escrupulosa.

!Qué horror! dirá la Academia.

Y en efecto, es una lástima que el señor Palou se haya atrevido a tener mucho talento antes de saberse de memoria el diccionario de la lengua.

A pesar de esto, tengo el honor de presentar a ustedes a un poeta dramático que se llama Palou, y un drama de mucho mérito que se titula "La Campana de la Almudaina".

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA ACADEMIA DE MEDICINA.

Delante de la
tísis.

-- . --

La Academia de medicina continúa discutiendo si la tisis es o no una enfermedad incurable, habiendo averiguado que aunque por ahora se observa en ser un padecimiento mortal, hay esperanza de que con el tiempo se descubrirá la manera de curarlo.

Con este dato, me parece muy oportuno recomendar a todos los que se sientan más o menos inclinados hacia esa enfermedad, que la aplacen por algunos años, mientras la Academia de medicina sorprende oculto el secreto en que se esconde, y tropieze con los medicamentos que en su día le han de decir cuántas son cinco.

Por ahora, debemos contentarnos con la esperanza de que mañana o el otro la tisis entregará la carta y descubrirá el pastel.

A los enfermos afligidos actualmente por ese mal debe ocultárseles el descubrimiento de tan dulce esperanza, o más bien, de ese jarabe de

pico con que la Academia se propone curar las tisis futuras, empezando desde donde Dios quiera.

Debe ocultárseles esa dulce esperanza porque les ha de amargar mucho tener hoy que morir de una enfermedad que la Academia espera destruir mañana.

Aquí, por lo que se ve, no hay más que un secreto obstinadamente guardado, que la policía de la ciencia se ha propuesto descubrir, con un objeto que yo no puedo menos de denunciar por reaccionario.

La ciencia, parece mentira, ha fraguado por medio de la Academia una conspiración para detener los progresos de la tisis, como si esta enfermedad no formara parte del mundo y se la quisiera poner fuera de la ley, que en los tiempos presentes lo empuja todo a su completo desarrollo por el camino del progreso.

No se yo por qué, mirando la cuestión por el vidrio turbio del derecho moderno, ha de permitirse que la salud ejerza el monopolio de la vida del hombre, que es indudablemente una de sus más sagradas propiedades.

Me parece a mi retrógrado y tiránico el empeño de combatir y aniquilar a unos pobres tubérculos que engendrados en los pulmones de

cualquier hombre, nacen por la fuerza irresistible de su propia naturaleza, y aspiran a desenvolverse por la ley poderosa del progreso universal; mientras se permite que esos otros tubérculos que nacen en el alma bajo la forma de pensamientos se propaguen produciendo la enfermedad moral que se llama tisis del alma, que corree el espíritu como la otra corroe el cuerpo.

Si el error ha de tener los mismos derechos que la verdad, ¿por qué las enfermedades no han de tener las mismas prerrogativas que la salud?

Y téngase en cuenta que la tisis, por lenta que sea, es una manera abreviada por medio de la que el hombre llega antes al término de su carrera.

Si el pensamiento, que lo mismo puede ser bueno que puede ser malo, y más fácilmente malo, es libre, ¿por qué no han de ser igualmente libres la salud y las enfermedades?

La Academia de medicina está discutiendo un tema peligroso por una parte, é inútil por otra.

Sin embargo, se lo agradecemos, aunque sería mucho más de agradecer que en vez de reunirse la ciencia bajo la forma de unos cuantos médicos para estudiar, digamoslo así, los medios de impedir el progreso

-no encuentro otra palabra- de la tisis, se reuniera la moral bajo cualquier forma para discurrir la manera de evitar, no los adelantos físicos de la tisis, sino sus causas morales.

El vicio hace más tísicos que la naturaleza y las costumbres; perdóneme la ciencia, el vicio entierra más gente que los errores de los médicos.

Todos los adelantos de la química, mejor dicho, todas las boticas juntas no bastan a contener los estragos de esa epidemia que se llama corrupción de las costumbres.

La tisis es precisamente la enfermedad que más constantemente sigue al libertinaje.

Pero ¿quién se atreve a prohibir, no tanto, a impedir al vicio los medios de propagación que ha conquistado?

Y además ¿libertinaje no es otra palabra que viene por la línea recta de la libertad?

¿Quién se atreve a limpiar las calles de Madrid de la abundante inmundicia de todas esas mujeres que pasean su desvergüenza por en medio de la multitud a título de libres?

¿Quién se atreve a limpiar esas innumerables puertas que se abren en las calles principales, y por las

que entra la codicia y sale la deshonra?

¿Quién se atreve a contener el -- afán inmoderado de placeres, de lujo y de goces que lleva a la multitud de los garitos a las cárceles, de los lupanares a los hospitales, de los salones a los cementerios, de la opulencia a la miseria, de la -- miseria a la deshonra?

¿Quién se atreve a echar una gota siquiera de agua en el incendio de este sensualismo que nos consume?

¿Que más calentura que esta fiebre continua de gozar que nos devora?

No es esta una tisis universal?

No hablemos en nombre de la moral y de la decencia; por si estas dos cosas son ya demasiado antiguas, -- pero hablemos de la higiene.

Digamos a lo menos que esta época no tiene más que un solo defecto: que es poco sana.

No sé qué decir contra el desprecio que mostrais por la salud del -- espíritu; pero ¿no os dice nada la salud de vuestro cuerpo?

La medicina acabará por hacerse -- cómplice de los vicios.

Y en honor de la verdad, es muy -- justo que en el equilibrio de estos tiempos suba la medicina tanto como la moral baja.

Vamos a escape camino del hospital.

QUE HAY?

- ! -

Esta es la pregunta que se escapa de todos los labios y que ha venido a constituir la fórmula precisa de todo saludo.

Se encuentran en la calle dos personas conocidas, se encaran la una con la otra, se dan la mano y a la vez se dirigen la misma pregunta.

Una y otra exclaman al mismo -- tiempo:

¿Qué hay?

El hombre más sabio no tiene inconveniente en descubrir toda la -- profundidad de su ignorancia preguntando incesantemente ¿qué hay?

Esta pregunta en virtud de una -- multiplicación prodigiosa está a un mismo tiempo en todas partes.

Es más; cuando no hay a quien dirigirla o cuando nadie contesta a ella, el hombre menos reflexivo se detiene delante de sí mismo preguntándose: ¿qué habrá?

Parece que ha llegado el momento de señalar la altura común de los conocimientos universales que el --

mundo posee y que se ha abierto el periodo de un examen general.

Por lo visto la matrícula de vecindad en que todos nos hallamos incritos nos impone la obligación de conocer a fondo la espinosa materia que diariamente se enseña en el curso de los sucesos.

No hay manera de entrar en una casa, de acercarse a un corro, de penetrar a un café, sin que la familia, los amigos o los circunstantes no le rodeen a uno encerrándolo en el círculo de esta pregunta:

Usted, ¿qué sabe?

Y en verdad, ¿qué hay que saber? ¿no lo hemos aprendido ya todo?

¿Qué extraña curiosidad es esta que se ha despertado repentinamente? ¿Qué rayo de luz ha venido a demostrarnos la oscuridad que nos rodea?

Y lo curioso es que esa pregunta no tiene más que una contestación.

— ¿Qué hay?

Nada.

Las conversaciones se agitan estancadas en el círculo estrecho que forman esa pregunta y esa respuesta.

Si los sucesos no fueran tan serios se reirían de los hombres.

¿Qué hay?

En sustancia nada de particular.

En rigor, no sucede nada extraordinario.

Lo único raro, lo único que tal vez sea inexplicable, lo que acaso puede ser un verdadero misterio es nuestra curiosidad.

Imaginémonos un hombre que emprende un viaje y que toma el camino que más derechamente conduce al punto donde se dirige.

A cada paso encuentra datos seguros de que aquel es el camino; pero este hombre repentinamente agitado por una extraña perplejidad se para y pregunta: a donde voy?

Hace muchos años que vivimos en España; día por día se han ido tejiendo estos años delante de nuestros ojos; los hemos visto pasar uno a uno, pero hoy de repente como acometidos por una duda terrible nos preguntamos unos a otros con inquietud profunda:

Dónde estamos?

Descendiendo al fondo de esa pregunta se encuentra la respuesta:

Dónde estamos? es una duda que afirma, una interrogación que contesta, una sombra que nos alumbra.

Lo mismo decimos preguntando: ¿dónde estamos? que exclamando: ¡estamos perdidos!

¿Qué hay?

La cosa más natural del mundo, la más precisa para el orden de todas las cosas.

Hay esa relación inevitable que encadena los sucesos ensartándolos unos detrás de otros como las cuentas de un collar, sin que ninguno pueda anticiparse al que lleva delante, ni posponerse al que lo sigue.

Hay esa correlación inflexible de la numeración, en que el uno es el primero, el dos el segundo, el tres el tercero.

Hay esa continuación irrevocable por medio de la que cada especie engendra a su especie, ese sistema de sucesión inalterable por medio del que todo hijo tiene padre, todo efecto causa.

Hay esa razón suprema que obliga a ser iguales entre sí a dos cosas que a la vez sean iguales a una tercera.

Hay en fin que el fuego quema.

Que la semilla brota.

Que el sol alumbra.

Que los ojos ven.

Que el cólera mata.

Que tres y dos son cinco.

Hay lógica.

Esto es, sucesos fatalmente incubados en el seno de otros sucesos.

Efectos producidos por causas que una vez puestas en acción no podían producir otros efectos.

Consecuencias rigurosamente deduci

das de sus legítimos principios.

Hay lógica, esto es, hay lo que era imposible que no hubiera.

Hay esa sucesión de gotas de agua que llenan el vaso.

Hay lo que ha habido siempre, lo que habrá eternamente.

Eternamente el mal será mal sin que haya química posible que lo convierta en bien.

Hay orden ese orden profundo que los hombres no pueden alterar; ese orden que ha puesto la muerte al fin de la vida como una consecuencia inexorable.

Hay lo que hemos hecho.

Se reúnen todas las circunstancias necesarias para que una cosa suceda; se combinan todos los pormenores indispensables para que un hecho se realice; tejemos uno a uno y poco a poco todos los hilos de la trama, pero cuando la cosa sucede, el hecho se realiza, el tejido se muestra, preguntamos llenos de asombro: qué es esto?

Cogemos un fusil, lo cargamos hasta la boca, lo disparamos y la detonación nos llena de espanto y de sorpresa.

Qué hay? preguntamos llenos de afán, llenos de inquietud, precisamente cuando hay menos que nunca, cuando no hay nada, nada, porque parece que todo se ha perdido.

Un escritor muy notable, más conocido por lo que podía escribir que por lo que escribe, dice que en -- los primeros días del diluvio debió andar la gente por aquellos mundos llena de alegría.

Los más indiferentes a las prosperidades de la tierra o como si dijéramos los más extraños al bien público, no podrían menos de asomar de vez en cuando las cabezas por los agujeros de sus viviendas y restregándose las manos exclamar: "¡qué buena cosecha vamos a tener este año!".

Eran gentes ignorantes, y no pudieron pensar que aquellas que veían caer como un beneficio, eran las primeras aguas del diluvio en que se había de anegar la tierra,

Debe presumirse que algunos días después cambiáran de opinión, pues no debieron tardar mucho en encontrarse con el agua al cuello.

No es posible que después de tantos siglos nos encontremos nosotros ahora en una situación idéntica, pero la verdad es que hace mucho tiempo que andamos por el mundo restregándonos las manos y diciendo:

"¡qué buena cosecha vamos a tener este año!".

Entre tanto el agua sube y sube y sube y parece como que ha llegado --

el momento de tenerla al cuello.

En vista de esto vuelvo a mi pregunta:

-¿Qué hay?

La misma pregunta exige la misma respuesta.

-Nada de particular; lo que ha sucedido siempre, lo que no dejará de suceder nunca.

Que lo que es, es.

Que el diluvio es el diluvio.

Esto es lo que hay.

Ya sé que esa respuesta no puede satisfacer la minuciosa curiosidad de las gentes que se deshacen preguntando: ¿qué hay? ¿pero esa pregunta, tiene acaso otra respuesta?

En resumen.

-¿Qué hay?

-Nada.

-¿Qué se sabe?

-Todo.

-¿Dónde estamos?

-Donde debemos estar, porque no podíamos estar en otra parte.

--- --